

vertirse en *hechos*, tienen que luchar con *hechos* anteriores que las sirven de obstáculos; y como no encuentran en sí mismas medios de vencer una resistencia física, tienen que servirse de la fuerza para subir hasta el trono desde donde deben dirigir las sociedades. La fuerza entonces no es tiránica, porque no domina ni se tiene por objeto; es legítima porque obedece á un principio legítimo, sirviéndole de instrumento para que gobierne la sociedad. Cuando la fuerza se tiene por objeto, es un elemento de barbarie y de desorden: su armonía con el elemento de la razón está turbada; cuando sirve á la inteligencia, es un elemento de civilización, porque obedece á la civilización misma; la armonía se restablece entonces, y el hombre cumple con su destino obedeciendo al único poder que tiene derecho de mandar á su voluntad.

Así, todos los hechos son necesarios ¹ y conservadores, todos caben en el cuadro inmenso que les ha trazado el Creador. Pero si todos son necesarios, sus movimientos son irregulares y desastrosos cuando traspasan los límites que les están asignados por su naturaleza, introduciendo en las sociedades el desorden y la anarquía; en este caso los legisladores deben restablecer su equilibrio y dirigir su acción. Si para esto no sirven, ¿con qué títulos gobiernan?

Estas ideas no podían convenir á la Diplomacia, y sirviéndola de obstáculo el elemento de la fuerza, que no sabía dirigir, le relegó á los siglos de barbarie, y le negó como funesto para las sociedades civilizadas. Así, Marat consideraba á los hombres como obstáculos, y no pudiendo dirigirlos, los suprimía. La Diplomacia ha adoptado los mismos principios, diversos sólo en su diferente aplicación. Pero sus decretos están escritos en cera, los de Dios en bronce, y los elementos que se han escapado de sus manos no obedecen sino á su voz, y no se pueden extinguir. La Diplomacia ha sido también filósofa á su manera

¹ La necesidad de todos los hechos, y en general la necesidad que la sabiduría moderna reputa por ley de la Historia, es fatalismo puro, engendrado de la filosofía panteísta, cuyo espíritu penetró en la heresia de Lutero, de donde se derivó á la filosofía y á la política liberal.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

y sin saberlo; proclamando los intereses materiales ha descendido hasta el materialismo más asqueroso y estéril, y proclamando la inteligencia y aniquilando la fuerza ha puesto á la sociedad bajo el yugo de un espiritualismo ridículo; ¿si querrá conducirnos al mismo tiempo al sistema de las sensaciones y á la intuición mística de Proclo y Malebranche? ¡Triste fatalidad de su destino! Que bien se eleve hasta Dios, ora se abata en el polvo, no puede comprender nunca ni á la sociedad ni al hombre.

Siendo la fuerza un elemento de civilización, todos los esfuerzos de los Gobiernos ilustrados deben dirigirse á evitar sus extravíos y que traspase sus límites; éste debe ser el objeto de la Diplomacia en sus relaciones con el Norte. Una guerra promovida para decidir una cuestión que puede decidirse con un tratado, sería bárbara, inmoral. Pero si el tratado no puede decidirla ó si es ignominioso, la lucha sería justa y sagrada, como instrumento necesario de triunfo para la inteligencia; en este caso no es absurda la expresión vulgar de *Dios de los Ejércitos* ¹, de que los filósofos se ríen porque no pueden concebir la idea de la Divinidad asociada á la sangre. No, mil veces no. Dios no se asocia á un crimen, pero no siempre el crimen preside á las batallas; no siempre es estéril la sangre que se vierte; no siempre la derraman manos homicidas, ni siempre su vapor mata; que alguna vez regenera, y alguna vez, de en medio de un lago de sangre, se escapa un principio que va á tomar posesión del mundo, ó se anega en él otro que le ha esclavizado. Entonces Dios está allí, porque el teatro en que triunfa la inteligencia no es indigno de su gloria. Todas las guerras grandes ó prolongadas han influido poderosamente en el estado social de los pueblos, que no han marchado sino con ellas en la carrera de la civilización. Las Cruzadas abrieron canales al comercio y debilitaron al feudalismo: la lucha continua entre los vencedores del Guadalete y los refugiados en

¹ No es ésta expresión vulgar, sino sublime, que se oye á cada momento de boca de los Profetas.—(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

Covadonga le hizo imposible en nuestro suelo: las batallas de Crécy, de Poitiers y de Azincourt le hicieron expirar en Francia. Orcán I y Mahomet II no sabían que su espada servía á la inteligencia cuando lanzaba á la Italia la civilización antigua, y no podían presumir que esta misma civilización iría á visitar triunfante los lugares que la miraron proscrita, emancipando á la Grecia y arrojando á sus imbéciles descendientes del trono de Constantinopla. Si, por desgracia, una guerra con el Norte fuese necesaria para salvar la libertad del Mediodía, el triunfo no podía ser dudoso entre un principio que conquista y un principio que se extingue; porque no debe olvidarse nunca que si la unidad del Norte es suficientemente poderosa para aniquilar al Mediodía en su estado de individualización, no será bastante para luchar con ventaja si el Mediodía adopta la unidad que le es propia; unidad más robusta porque es más joven y porque se apoya en un principio progresivo y esencialmente vital. Pero, prescindiendo del último resultado de esta lucha, siempre perecería en ella el principio deletéreo que se apoya en las clases proletarias, y que amenaza á las sociedades más cultas con una disolución inminente.

Si después de haber considerado cuáles son los límites de la Diplomacia, y cuál su esfera de acción en la nueva época que se prepara á sus anales, echamos una ojeada sobre las naciones del Mediodía de Europa, las veremos marchar, á pesar de todos los obstáculos, en la carrera de los progresos, y su porvenir se pintará á nuestra imaginación con los más bellos colores.

Los pueblos han sacudido todos los yugos que habían doblegado sus frentes. El de la aristocracia en el siglo XVI; el de un solo hombre y el de la anarquía en el siglo XVIII; el de la Diplomacia va á pasar: todos estos poderes han naufragado porque han desconocido su misión. Los Gobiernos, para existir, necesitan ser el resultado de las necesidades sociales, el centro de todas las fuerzas, la reunión de todos los intereses. El poder público se compone de todos los poderes que dominan

la sociedad; la fuerza pública, de todas las fuerzas de los asociados; si el poder no reúne todos los elementos que vivifican las naciones, su existencia está condenada á una lucha efímera, y su destino es la muerte. Si pudiera existir un Gobierno perfecto, lo sería el que de tal modo reflejase la sociedad que no existiera en ella ni un solo interés, ni un solo principio que no tuviera en él su representación y no depositara en él la fuerza; entonces el Gobierno no se diferenciaría de la sociedad sino porque reunía en un punto armónico y luminoso todos los elementos que, ó pugnaban, ó estaban oscurecidos en ella. Este Gobierno sería indestructible, porque, no existiendo nada que tuviese acción y vida fuera de él, ¿quién le disputaría el dominio? ¿cuál sería el campo de batalla? Pero si semejante Gobierno no puede existir, siempre es cierto que los que más se acerquen á este tipo de perfección dominarán por más tiempo que los que, separándose de él, se trazan ellos mismos su carrera. Todos los Gobiernos que han pasado rápidamente y que se han sepultado entre ruinas, han perecido porque representaban fracciones de la sociedad que debieron sin duda reclamar una parte del poder, pero no constituirle; que para existir tuvieron que ser tiránicos, como lo son todos los Gobiernos débiles; y que, elevados por la fuerza convulsiva de un momento, desaparecieron con este momento y con aquella convulsión. Pero los principios, los intereses, los elementos que se agitan en una sociedad y que la forman diferente de las otras, no pueden ser ni enumerados, ni comprendidos por ningún hombre; por eso ninguno puede dar á un pueblo una Constitución que no sea estéril, y que no contenga dentro de sí misma el germen de su disolución por la presencia de algún principio extraño al pueblo que la recibe, ó por la ausencia de algún principio que forma parte de su vida. Las Constituciones, para que sean fecundas, no se han de buscar en los libros de los filósofos, porque solo se encuentran en las entrañas de los pueblos ¹.

¹ El genio de Donoso Cortés relampaguea en estas líneas. No se le ocultó que las

El principio de la *espontaneidad* es el único que, adoptado por la Europa, puede constituirla según sus necesidades. Dominadas las naciones por principios absolutos, y por consiguiente tiránicos, han marchado como un bajel entre escollos, á la merced de tormentas que han destrozado su seno. Tiempo es ya de que, quebrantado el yugo de todos los despotismos, las formas orgánicas de los Gobiernos sean el resultado de todos los elementos existentes en las sociedades que deben dirigir, y que para dirigir necesitan comprender.

La Inglaterra es el tipo de esta espontaneidad: aquel Gobierno admirable no se ha formado en un día, y los vastos y complicados resortes que obedecen á su acción no tienen fecha segura, porque su origen se pierde en la noche de los tiempos. Todos los principios y todos los intereses se han combinado por medio de lentas transacciones, que han asegurado á todos una parte en el poder, robustecido con el tributo de todas las fuerzas vitales de la sociedad; los hechos que la constituyen, se encuentran reproducidos según su importancia respectiva en el Gobierno que la representa. Cuando la aristocracia era el hecho dominante de la sociedad, el Gobierno era esencialmente aristocrático; cuando las riquezas y el saber fueron el patrimonio de la clase media, el elemento democrático presentó sus títulos, y el Gobierno se reformó porque la sociedad estaba reformada; él no se ha dicho á sí mismo "de aquí no pasará", porque sabe que esta palabra concita las revoluciones, y que las revoluciones le abismarían en su seno.

Mientras la Inglaterra ofrecía al mundo el espectáculo de un pueblo marchando con pasos de gigante en su avanzada civilización; mientras que las otras naciones de Europa pugaban por constituirse según sus necesidades sociales, sólo España dormía en su profundo letargo como un planeta en su eclipse. Apenas la Providencia llamó á su seno á su rey, cuando en el Norte de España flotó como un velo funeral un estan-

Constituciones políticas no deben buscarse en los libros de los filósofos... incrédulos.—
(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

darte ya conocido como el símbolo de la traición y eterno en la memoria de los españoles, como un recuerdo viviente de su esclavitud y su ignominia. El sólo se mecía en el horizonte, como el ángel de la muerte sobre los escombros de un pueblo que ha pasado; entretanto, sólo se descubría para atajarle en su triunfo y disputarle la victoria un trono vacilante, una nación postrada y una cuna endeble mecida por violentos huracanes; pero aquel trono vacilante estaba ocupado por Cristina; aquella nación postrada esperaba el momento de la inspiración para romper sus cadenas, y aquella endeble cuna llevaba en su seno el porvenir, porque Isabel es el destino de España ¹.

La augusta Gobernadora, echando una ojeada melancólica sobre el horizonte español desde el borde de un abismo, vió el naufragio de la sociedad entera, y la tendió su mano para arrancarla del oprobio en que yacía. España creyó en su felicidad cuando miró á su Reina derramando flores sobre el infortunio, lágrimas sobre el desgraciado, y cuando, sentada sobre el trono y ceñida con la diadema, supo hermanar con el prestigio de un ángel la majestad y la ternura. Ella indagó las causas de nuestra degradación presente, y estudió los anales de nuestra pasada gloria. No improvisó una Constitución que hubiera sido estéril; hizo más: convencida de que lo presente está unido á lo pasado, como se unirá á lo futuro; de que un pueblo sin tradiciones es un pueblo salvaje, como una sociedad sin progresos una sociedad sin vida; de que la misión de los legisladores es hacer marchar las sociedades sin que su movimiento las destruya, de hacerlas que se reposen sin que este reposo sea un letargo que las hiera de paralización y de muerte; convencida, en fin, de que la espontaneidad de las instituciones y de las leyes es la única garantía de su duración, porque sólo entonces se apoyan en las ideas y en las costumbres que deben dominarlas, ella adoptó por base de su nueva ley

¹ Aquí los comentarios son excusados: todo lo que ha pasado arguye de falsos los juicios de Donoso Cortés, hijos de la pasión liberal y de las ilusiones, engendrados en su ánimo generoso por esta pasión funesta. —(NOTA DE ESTA EDICIÓN.)

orgánica los principios que en tiempos más felices hicieron nuestra gloria, los modificó adoptando las nuevas formas con que se revisten las sociedades modernas, y que son el resultado de sus necesidades actuales; finalmente, conociendo en su sabiduría que ni los principios particulares de la España de otros siglos, ni los generales de la Europa del siglo XIX, son suficientes para constituir una nación, porque no basta para constituir la apoyarse en lo que fué y en lo que la rodea, quiere saber en su solicitud los hechos que existen en la sociedad que debe gobernar; quiere saberlos por el conducto de sus representantes legítimos, y los convoca para escuchar sus peticiones y remediar los males de esta nación sin ventura.

Ella ha trazado el círculo que no podrá quebrantarse sin un crimen, que las pasiones no salvarán sin dejar estampada en este suelo una huella profunda de sangre. Las Cortes generales del reino deben concluir la obra que ella ha confiado á sus penosas tareas. Los padres de la patria van á tomar sus asientos en las sillas curules, por tanto tiempo vacías. La Europa los observa: la nación los aguarda como á sus libertadores: el Trono los mira como su apoyo y su esperanza: la posteridad va á empezar para ellos con su aparición en la escena política: ¡felices si, al concluir su misión y al volver al seno de sus hogares, vuelven con un corazón puro y con una conciencia serena! El divorcio entre la libertad y el orden ha producido todas las catástrofes de las sociedades humanas: ¡felices si pueden encontrar en sus luces y en las lecciones de la Historia los lazos que deben formar su unión restableciendo su equilibrio! El Trono les ha dado ya el ejemplo: ellos acabarán la obra defendiendo ese mismo Trono, consolidando la libertad y sofocando la anarquía.

Sí; nuestro porvenir está asegurado como el de toda la Europa, porque los pueblos marchan al abrigo de las tempestades por la inteligencia, reina del mundo moral, señora del mundo físico. Ninguna clase ha llegado á la dominación, sino

apoyada en su fuerza. Preguntad á la India y al Egipto: los sacerdotes dominaban aquellas naciones, cuyos anales son los orígenes del mundo, porque la inteligencia había fijado su trono en el recinto de los templos. Preguntad á la Grecia: Orfeo está en la cuna de su civilización y de su historia. Preguntad á los siglos de barbarie que acaban de pasar á nuestra vista: los claustros dominaban la sociedad, porque en ellos se fundaron las primeras escuelas. Preguntad á la clase media, salida del polvo ayer y hoy reina del universo; si el comercio y la industria la han formado, sólo la inteligencia la ha constituido en poder y la ha ceñido la corona. Preguntad á las sociedades infantiles: ellas obedecerán al bardo de sus montañas, porque la inteligencia eleva allí su trono sobre las cuerdas de la lira.

Si la inteligencia ha dominado siempre la sociedad, en medio de los obstáculos que se han levantado en su camino, su triunfo no puede ser dudoso cuando todos los obstáculos desaparecen y cuando todos los despotismos se quebrantan. Tengamos fe en el porvenir que se fecunda en nuestro seno. Si esta fe no estuviera en nuestros corazones, la encontraríamos en la Historia.
